

**DISCURSO**  
PARA EL DIA 5 DE MAYO.

SANTÍSIMO NOMBRE DE MARÍA,

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.—El nombre de María es glorioso.**

SUBDIVISIONES.—1. Es nombre de grandeza, de poderío y de autoridad.—2. Es nombre particular relacionado con el de Nuestro Señor Jesucristo.

**PUNTO SEGUNDO.—Es nombre correspondiente al ministerio de María.**

SUBDIVISIONES.—1. Que ha ilustrado al mundo en el orden de la gracia.—2. Que ha traído al mundo al que es verdadera Luz.

**PUNTO TERCERO.—Es nombre que presagia felicidad.**

SUBDIVISIONES.—1. Es nuestra esperanza.—2. Es prenda de salvación.

*Nomen Virginis Maria.*  
El nombre de esta Virgen es María,  
(Luc., i, 27.)

AUNQUE San Ambrosio, San Bernardo, y con ellos otros Santos Padres no nos aseguraran que el augustísimo nombre de María ha bajado del Cielo, serían suficientes los misterios que encierra para darnoslo á conocer como fruto de una alta sabiduría, ó, á lo menos, para persuadirnos de que no pudo ser impuesto con tanta propiedad, sin haber celebrado el consejo que Tertuliano llama *consilium nominis*. En efecto: la grandeza, la verdad, y el feliz presagio que contiene son las principales condiciones que se buscan en un nombre, concibiéndose en el hecho de hallarlas reunidas en él, un alto concepto de la persona que lo lleva, ó se hacen, al dárselo, votos por que realice el augurio y la esperanza que significa.

Hé aquí, desde luego, cristianos oyentes, el plan de lo que me propongo haceros ver en el glorioso Nombre de María, cuyo elogio aguardáis os haga. No debéis esperar de mí otra cosa; porque para manifestaros todos los misterios que encierra ese augustísimo Nombre, necesitaría poner de manifiesto las prerogativas, la dignidad y las virtudes admirables de la Madre de Dios, asuntos bajo cuyo peso sucumbiría toda la elocuencia humana. Sírvame, para evitar el com-

promiso, dejando á salvo mi palabra, la juiciosa observación de un escritor distinguido (TEÓFILO RAIMOND, *lib. de Observat. Ad Mariæ nomen, cl.*) acerca de este asunto, el cual dice que, con el nombre de María, sucede lo que con el nombre de Dios, el cual, siendo único, y conteniendo todas las perfecciones imaginables, exigiría una infinidad de perfecciones en quien hubiera de explicarlo detalladamente. El gran Dionisio Areopagita compuso expresamente un libro acerca de los nombres que convienen á Dios, con el fin de dar á conocer, como por partes, la divina naturaleza simplicísima de suyo, atribuyéndole tantos nombres como perfecciones puede el espíritu humano distinguir. Así también el admirable nombre de María, siendo único, ha dado materia para inventar una multitud grande de nombres, cuando se ha querido hacer formar una justa idea de las perfecciones propias de la incomparable Madre de Dios, cuyo epíteto y compendio es el nombre de María; nombre glorioso, si hubo otro jamás, puesto que significa en su lengua original, *Señora ó Soberana*; nombre el más apropiado á María Santísima, porque también quiere decir *iluminada ó iluminadora*, según los oficios y funciones que desempeñó en la tierra, de iluminar á los hombres, trayéndoles la luz; nombre, por último, de feliz presagio, pues que equivale á *Estrella del mar*, que nos guía por el borrascoso océano de este mundo, hasta llevarnos al puerto de la eterna bienaventuranza. Tales son las tres significaciones que los Santos Padres atribuyen al augustísimo Nombre de María, y que la Iglesia ha recibido: lo cual me mueve á decir, que este santo Nombre es, á un mismo tiempo, 1.º el más glorioso; 2.º el más propio, y 3.º el más feliz que ha podido darse á una criatura, en atención á que la grandeza, la verdad y la esperanza que inspira, se hallan juntas en él, representándonos, al propio tiempo, la dignidad á que Dios elevó á María, el ministerio que ejerció en favor nuestro, y la dicha que debemos esperar. Nombre, en consecuencia, que exige nuestros respetos, nuestra gratitud, y una especial confianza. Hé aquí la materia de este discurso y su distribución.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

EL NOMBRE DE MARÍA ES GLORIOSO.

Es ilustre y glorioso, A. H. M., el Nombre de María, porque es como el compendio de los títulos y excelencias de la mujer que Dios escogió para Madre suya, naciendo de sus purísimas entrañas; de manera que para expresar la dignidad más alta que puede haber, la más elevada grandeza que hubo nunca, la obra más noble de la gracia y de la naturaleza que salió jamás de las manos de Dios, y, por último,

las más excelsas prerogativas que sostuvieron tan excelso rango, sería menester hallar un nombre en relación con todo esto, á fin de dar á conocer con una sola idea este prodigio, distinguiéndolo de todo lo demás. Eso es cabalmente lo que Dios hizo al dar á la Virgen recién nacida el nombre de María, según su significado de *Señora* ó *Soberana*. No se podía, en efecto, hallar nombre más ilustre ni glorioso, que el que lleva el mismo Dios, ó por lo menos el que más de ordinario emplea en las Santas Escrituras: *Ego Dominus*. Este es el título bajo el cual quiere darse á conocer: *Et scietis quia ego Dominus*. De manera, que recorriendo todas las páginas del sagrado texto, se encuentra que no se llama sinó Señor, como para dar á entender que es el Soberano por excelencia, y que ejerce un soberano dominio sobre todo lo criado, lo cual, en fuerza y por la significación del título, venimos á reconocer todos al darle cada día en nuestras oraciones el nombre de Señor.

Pues ese mismo título de grandeza, que los soberanos del mundo ponen por gloria á la cabeza de los demás que poseen como fundamento de ellos; ese nombre, repito, es el que Dios decretó llevara su Madre en todos los siglos, como si después de haberla comunicado sus más eminentes perfecciones, su poder, y hasta su paternidad, haciéndola Madre verdadera de su mismo Hijo, se hubiera propuesto también hacer á María participante de su propio nombre, el cual expresando todas aquellas perfecciones las hace comprender mejor. En efecto, al oír la palabra de Señora y Soberana, yo entiendo y recuerdo en mi espíritu cuanto los hombres tienen de más grande, aunque realmente ellos no posean más que una sombra de soberanía, comparada con la de la Virgen; yo me represento su mérito y su excelencia, porque Dios, que lo ejecuta todo con alta sabiduría, al dar á la Santísima Virgen este nombre igual al suyo, quiso darnos á entender en esto, que María es su más vivo retrato, y la que, entre todas las puras criaturas, representa mejor su divinas perfecciones. Comprendo también, al mismo tiempo, que María fué elevada sobre todas ellas á tan grande altura, que por sí sola constituye como un orden diferente, atendidas las singulares relaciones que la unen á la divinidad. Páreceme que puede decirse de María, guardada cierta proporción, lo que el Apóstol dice del Verbo encarnado, de quien es Madre; esto es, que se halla colocada tanto más arriba de las altas inteligencias del Cielo, cuanto más grande es la distinción señalada por el nombre que lleva, y le fué dado para significar su grandeza: *Tanto melior angelis effecta, quanto differentius præ illis nomen hæreditavit*. (HEBR. II). Y como el nombre, para ser dado con justicia, tiene que expresar la naturaleza de la cosa que significa, debo concebir desde luego en el Nombre de María lo que la distingue, ó lo que constituye su singular diferencia de todas las mujeres que han tenido el nombre de Señora, de Reina ó Soberana. Ahora bien, esta diferencia consiste en que las otras mujeres usaron de ese título como añadido al nombre propio que ya tenían, tomándolo de circunstancias especiales, ó heredándolo

de sus antepasados; de manera que la cualidad que significa, no tenía otro valor que el que le comunicaban, ora el lugar en que tenían derecho á ejercer el mando, ora el enlace contraído con Reyes y Soberanos que compartieron con ellas su autoridad, mientras que á María Santísima se la impuso por disposición de Dios tan augusto nombre, tomado en la primera significación, como el más apropiado á lo que en el tiempo venidero había de ser, esto es: Soberana de Cielos y tierra. Ni podía ser otra cosa; porque el Nombre de María se parece al de Jesucristo en haber sido tomado, como San Bernardo observa, del fondo de su naturaleza, y no de la casualidad ó del capricho de los hombres. Por eso distingue Dios á María de todas las demás que usan el nombre de soberanas; por eso la eleva sobre todas las grandes del mundo, dándola á conocer desde su aparición en la tierra por Emperatriz Soberana del Universo, de manera que todo cristiano, al oír el Nombre de María, sin ningún otro aditamento, entiende que se habla de la Hija del Padre Eterno, de la Madre del Hijo de Dios, y de la Esposa del Espíritu Santo; y en consecuencia, que cuanto hay de grande en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, fué empleado en levantarla sobre todas las puras criaturas.

No era bastante, cristianos, para hacer glorioso el Nombre de María, el que Dios la comunicara el suyo propio; porque podría objetarse que también lo ha comunicado á los príncipes, á los soberanos, y por punto general, á todos los que ocupan puestos de supremacía entre los hombres. Tan cierto es esto, que el uso común, y hasta el lenguaje mismo de la Escritura, parecen confundir el nombre de Señor con el de Dueño: *Servus Domino suo stat aut cadit* (ROM., XIV). Pero en esto mismo consiste la nobleza y esplendor del nombre, el cual, siendo común, viene á hacerse propio, y particularmente acumulado á una persona sola, en razón á que trae consigo cierta antonomasia, que descubre la dignidad y mérito del que lo usa. Todo el mundo comprende cuando oye citar el Sabio, que se alude á Salomón, al hombre que más supo entre todos los mortales; y cuando oye nombrar al Apóstol, inmediatamente ocurre á su memoria San Pablo, como que es el que lleva el nombre de Apóstol por excelencia. En esto se funda el uso de llamar Señor al Salvador del mundo: de manera, que cuando al nombre de Señor se le añade algún epíteto, se le hace cambiar de significado, restringiéndolo á alguna otra dignidad infinitamente inferior á la de Jesucristo.

Lo mismo sucede con la augusta Reina de los Cielos: es *Nuestra Señora* por excelencia, y por una prerogativa singular; puesto que no entendemos otra cosa por el Nombre de María, pronunciado en nuestro idioma, ni lo entendieron de otro modo los Padres y Doctores, la Iglesia toda, todos los pueblos del mundo, los cuales llaman á María comunmente «Nuestra Señora.» Siempre se dá al Nombre de María el mismo significado, siempre se pronuncia en el mismo sentido reconociendo en él el propio carácter de autoridad y de grandeza, por cuanto para todos significa siempre Nuestra Señora, Nuestra Soberana-

na, así como el nombre de Jesucristo significa Nuestro Señor, y Nuestro Soberano.

Demasiado comprendéis, A. H. M., que Dios, así como desde la eternidad eligió la Madre para el Hijo, destinando uno para otro é incluyendo á ámbos en el mismo orden de sus designios, así también quiso que uno y otro fuesen conocidos en todo tiempo por un nombre de grandeza y de dignidad, que les distinguiera del resto de los hombres. El uno es el verdadero restaurador del mundo, y la otra fué asociada á la gloria de ser la correstauradora, según el lenguaje de los Padres de la Iglesia. Jesús fué constituido Mediador entre Dios y los hombres, y María Mediadora, cuando menos, entre los hombres y su Hijo. Hé aquí un título que nadie puede rehusar á María: mientras Jesús es verdadero Redentor por su propio mérito, y por la virtud de su sangre, María se llama corredentora del mundo, por haber suministrado esa preciosa sangre, dando la vida al Hombre-Dios, quien por medio de ella quiso redimirnos.

Pero este nombre sería inútil respecto á nosotros; sería un título vano, como el de un rey que no tuviese súbditos, como el de un amo sin criados y como el de un monarca sin territorio, ó cuya soberanía no estuviese reconocida, si por nuestra parte rehusamos ser súbditos y siervos de María, rindiéndola el culto y cumpliendo con el servicio y los deberes que somos capaces de prestarla.

## PUNTO SEGUNDO.

EL NOMBRE DE MARÍA ESTÁ EN RELACIÓN CON SU MINISTERIO.

Os dije, A. H. M., al principiar este discurso, que el Nombre de María, según la significación que le dan los Santos Padres y la Iglesia ha recibido, quiere decir, no solamente *Señora* y *Soberana*, sino *luminosa* é *iluminada*, ó bien *iluminadora*, en cuanto esparce su luz por todas partes; de donde, á mi modo de ver, puede inferirse que nada es capaz de significar mejor el oficio para cuyo desempeño quiso Dios enviarla al mundo. Efectivamente: preguntar por qué y con qué fin apareció María entre los hombres, es como preguntar por qué crió Dios la luz y cuál es el uso que de ella se hace en la naturaleza. ¡Oh! ¿Qué sería del mundo sin la luz? Un confuso caos, un hacinamiento informe de cosas, sin orden, sin belleza y sin la simetría que le ha dado la clasificación determinada en el nombre propio; caos tal, cual puede imaginarse era el primitivo, antes que Dios enviase á él la luz, para revestirlo de belleza, distinguiendo uno de otro los objetos.

Esto es lo que María ha hecho en el orden de la gracia: alumbrar al mundo, sepultado por muchos siglos en las tinieblas de la culpa y e la ignorancia, en conformidad con el título que la Escritura le

atribuye de *Aurora que anuncia y trae al día*. Si los hombres hubiesen conocido la dicha que iban á poseer con el nacimiento de la Santísima Virgen, bienaventurada criatura por tanto tiempo esperada, habrían levantado su voz, como más tarde Zacarías, en el nacimiento del Precursor de Jesús, gritando: *Illuminare his qui in tenebris et in umbra mortis sedent*. (LUC. II). Ven, oh luz del mundo; brilla, por fin, sobre la tierra, para alumbrar á los que se hallan sumergidos en horrenda oscuridad, y sentados á la sombra de la más funesta muerte, que es la del pecado.

Las súplicas que tantos Profetas elevaron al Cielo para apresurar la venida de esta luz, puede decirse fueron escuchadas desde muy atrás, cuando al principio de los siglos la luz fué hecha, pues que María ha aparecido. Y yo añado, que habiendo venido para iluminar al mundo, no podía traer otro nombre más propio y que conviniese con más verdad á su objeto, que el Nombre de María; nombre de luz, significada en la que esparce por el Universo y de la cual está María revestida y penetrada toda.

Que este nombre es el más propio, y con más justo título impuestto, no puede dudarse, al observar que María trajo al mundo al que es verdadera luz, como le llama su más amado Discípulo: *Erat lux vera, que illuminat omnem hominem*. (JOAN. I). Os ruego, H. M., reflexionéis acerca de esto con San Bernardo y San Buenaventura, que habiendo venido al mundo el Hijo de Dios á salvar á los hombres como principal fin entre los que se había propuesto, y en ejecución de la obra más grande á que se había obligado, principió por alumbrar al mundo, disipando las tinieblas que se habían apoderado de él, haciendo huir el error, la ignorancia, la idolatría y todas las falsas máximas en que los hombres, ciegos acerca de su verdadera felicidad, estaban imbuidos. No es otra la razón de que entre los nombres más apropiados á Jesucristo, sea el de Luz el que mejor exprese su carácter personal, como lo afirman los Teólogos, diciendo que es el que mejor le corresponde en calidad de Hijo de Dios, y con el que se distingue de las otras dos personas de la Santísima Trinidad, siendo el Verbo Eterno Sabiduría increada y esplendor de la eternal lumbrera: *Candor lucis æternæ*. Pero el Nombre de Jesús no es menos apropiado con relación á su oficio, tanto que su glorioso Precursor lo dió á conocer bajo este título: *Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine* (JOAN. I.); y él mismo después, en el ejercicio del ministerio para el que había sido enviado, declaró explícitamente que era la Luz del mundo. A mayor abundamiento, comunicó este mismo nombre á sus Apóstoles, en razón á que eran ministros suyos en el distinguido oficio de enseñar y de alumbrar á los pueblos, como si no hubiera encontrado otro nombre que expresase mejor el servicio que los Apóstoles prestaban á todo el Universo, que el nombre de Luz, el cual, siendo de todos conocido, hacía conocer recíprocamente que lo que ellos enseñaban era la verdad.

Ahora bien: si los discípulos de Jesús y todos aquellos que con-

tribuyeron á la salvación de los hombres, han participado de tan glorioso nombre, ¿no tendré yo sobrado fundamento para asegurar que ese mismo nombre es el más apropiado á la gloriosa Virgen, la cual fué quien más cooperó á este fin, después de su divino Hijo? Sin duda alguna: María lleva con derecho un nombre que significa Iluminadora; voz que habréis de aceptar, aunque desusada, y de la que la necesidad me obliga á servirme, como del más propio para recordaros el incomparable beneficio de haber traído al mundo la Luz eterna, como canta la Iglesia. (*In præfat. missæ de Beata Virg.*): *Quæ lumen æternum mundo effudit Jesum Christum.* Por medio de María, en efecto, aquella horrorosa noche que cubría toda la tierra, fué disipada, cambiando la faz del mundo en materia de creencias, de religión, de conocimientos, de afectos y deseos. ¡En qué ignorancia, gran Dios, en qué deplorable ceguedad estaban hundidos los hombres de más grandes talentos, y cuantos servían de regla y de guía á aquella sociedad! Añadamos ahora, que así como nadie puede quedar alumbrado por el resplandor que arroja un cuerpo luminoso sin acercarse á él, así también, para que nosotros podamos recibir las luces celestiales, ésto es, las gracias que necesitamos en medio de las tinieblas de que vivimos rodeados, nos es preciso aproximarnos á María, á quien no temo aplicar las palabras que el Real Profeta dice del mismo Dios: *Accedite ad eam, et illuminamini.* (PSAL. XXXIII). Llegaos á María y seréis iluminados por su resplandor, que nunca falta, siendo toda ella resplandeciente y esparciendo la luz por todas partes.

### PUNTO TERCERO.

#### ES NOMBRE QUE PRESAGIA FELICIDADES.

Bien así como el nombre que el Cielo impuso á la Madre de Dios fué el más glorioso para que correspondiera á la dignidad de que la Virgen debía revestirse, y al modo que ese mismo nombre hubo de estar en relación con los oficios que tenía que desempeñar en la tierra, de la misma manera fué un nombre dichoso que contiene el presagio de las felicidades que había de traer al mundo, en consonancia con la significación de Estrella del Norte, á la que los navegantes miran constantemente, para no perderse en un mar borrascoso, llegando felizmente al puerto á que se dirigen.

No me detendré en justificar esta tercera significación del nombre de María, bastándome que los inteligentes en la lengua convengan en que la Iglesia la recibe, y la razón alegada por los Santos Padres se toma del ejemplo de los navegantes anteriores al descubrimiento de la brújula. Esta sirve ahora de guía para viajar por un elemento tan infiel como inconstante; pero antiguamente veíanse precisados los marineros á regular la dirección de las embarcaciones por la estrella

polar, en cuya vista calculaban el punto donde se encontraban y la distancia que les separaba del término á que se dirigían. De aquí el que los pilotos no apartasen la vista de esa estrella, para gozar de una feliz navegación. De esta necesidad de los navegantes se tomó el nombre de María; nombre de feliz augurio, puesto que presagia la felicidad eterna á donde esperamos llegar con sus auxilios y segura guía. Por eso la Santa Iglesia la saluda durante la mayor parte del año con este bello nombre en un himno que la canta, y por eso también la invoca con el mismo objeto en los peligros que nos asaltan en el tempestuoso mar de este mundo, sembrado de escollos y de abismos, y en el que estamos continuamente expuestos á un triste naufragio: *Stella maris, succurre.* Reflexionad únicamente, A. H. M., que por especial designio de la Divina Providencia en favor nuestro, fué dado á María este nombre de feliz presagio, á fin de que los hombres, pronunciándolo, concibiesen al mismo tiempo una firmísima esperanza de su salvación. De tal modo es ésto, que San Epifanio quiere que el nombre de la Madre del Salvador sea de suyo y signifique la esperanza misma. Sin duda se propuso dar á entender este Santo, que el nombre de María parece haberla sido dado para que nos inspirase confianza, como la estrella del mar la hace nacer en aquellos que la miran, tomándola por guía de su navegación; pero en todo caso resulta, que el nombre de la Santísima Virgen es nombre dichoso, y que nos recuerda lo que en el orden espiritual debemos prometernos desde que conocemos lo que significa y el fin para que se impuso.

No sucede con el nombre de María lo que con esos pomposos nombres de Grande, Invencible, Victorioso, Conquistador, con que ciertos hombres se honran, y que San Agustín compara á los cometas, cuya funesta luz fija la atención únicamente por las calamidades que pronostica. Esos nombres, en efecto, nunca resuenan por primera vez en la tierra, sinó entre el estruendo de las armas, y no se leen en la historia sinó mezclados con el nombre de ciudades saqueadas, de ejércitos derrotados y de provincias llenas de incendios é inundadas de sangre; son, en una palabra, nombres que inspiran terror siempre que se pronuncian. Pero el nombre de María es, por el contrario, nombre de dulzura, de esperanza y de consuelo, pues que contiene un vaticinio cierto de la felicidad que debemos prometernos bajo la guía y protección de la Virgen que lo lleva. *O magna! O pia! O multum laudabilis María!* exclama uno de los siervos más favorecidos de esta Madre de bondad. (*S. Bonav., in Specul. Virg., c. 8. post. S. Bernard.*) *Tu nec nominari potes, quin accendas nec cogitari, quin recrees affectus diligentium te.* El nombre de María está lleno de piedad y de dulzura, y no se puede pronunciar sin sentirse abrasado de un afecto santo, ni siquiera pensar en él sin sentirse animado de una santa confianza. No me admiro yo de esto, porque considero indispensable haya íntima relación entre el nombre de la Madre y el del Hijo; entre el nombre de Jesús y el de María. Esa relación existe: el uno significa *Salvador*, y el otro *la que nos conduce* al puerto de salvación; el uno nos mereció

esta dicha, y el otro nos enseña el camino de alcanzarla, inspirándonos ámbos reconocimiento, amor y confianza.

No por otra razón San Bernardo, que no pierde coyuntura de mostrar los sentimientos de su alma hacia la Madre de bondad, aludiendo al nombre que se la impuso y al socorro que los navegantes reciben de la estrella, ensalza la asistencia que de María podemos esperar, con un rasgo de elocuencia toda divina; pasaje que, siendo demasiado extenso para repetirlo aquí, os lo presentaré compendiado, pero sin alterar su sentido: «Quien quiera que seas, exclama el Santo Padre (SERM. 2, sup. *Missus est*), harto experimentado tienes cuántos peligros te cercan en medio de ese mar tempestuoso del siglo, agitado y combatido por las borrascas, arrastrado por las olas que te llevan hacia todos lados. Si no quieres anegarte, no apartes nunca los ojos del astro cuya luz benéfica calma las tempestades y te guía con seguridad. Si las tentaciones, que son como vientos furiosos, te acometen, exponiéndote á un inminente riesgo de caer, levanta los ojos á la Estrella, invoca el nombre de María, persuadido de que está siempre dispuesta á socorrerte en las necesidades tan apremiantes como ésa en que te hallas: *Respice Stellam, voca Mariam*. Si los arrebatos de la ira, ó los violentos deseos de una avara codicia; si los desarreglados movimientos de una concupiscencia rebelde ponen en peligro de naufragio el débil esquife en que llevas el tesoro de la gracia, *respice Mariam*, recurre á María, que puede apaciguar las tempestades de nuestras pasiones.»

Sólo nos resta, A. H. M., poner nuestra confianza en el dulce nombre de María, tenerlo siempre en nuestros labios y en nuestro corazón, invocarlo en todas nuestras necesidades y en los peligros á que estamos continuamente expuestos; y particularmente, como el mismo San Bernardo dice, hacer manifestación de él en nuestras acciones, imitando las virtudes de la augusta persona que lo lleva. Sería, en efecto, un lamentable desorden servirse de ese nombre santo como de manto para ocultar nuestros desarreglos; sería deshonorarlo si, gloriándonos de pertenecer al número de los siervos é hijos de María, pretendiésemos perseverar impunemente en nuestra mala vida á favor de tan poderoso título. Sería hacerse indigno de las gracias y de la ventura que significa, y atrae sobre nosotros á la vez, si nos avergonzásemos de invocar en público el poderoso nombre de María, ocultando que somos sus devotos. Acordémonos, por último, cristianos, de que, después de la misericordia de Dios y de los méritos del Salvador, es el santo nombre de María nuestra principal confianza en la hora de la muerte. ¡Dichosos nosotros si en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener favorable á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazón su bendito nombre, suplicándola que realice por nuestro bien el fausto augurio que encierra, y conduciéndonos al puerto de la bienaventuranza que os deseo, etc.

HOUDRY.

## INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

### PLAN.

TRES SIGNIFICACIONES DEL NOMBRE DE MARÍA.

**PRIMERA SIGNIFICACIÓN.**—Señora de alta dignidad.

**SEGUNDA SIGNIFICACIÓN.**—Estrella del mar.

**TERCERA SIGNIFICACIÓN.**—Piélago de amargura.

*Et nomen Virginis, María.*  
El nombre de esta Virgen es María.  
(Luc., 1, 27.)

**A**L anunciar el Angel San Gabriel á Zacarías el nacimiento del Precursor de Jesucristo, le dijo: «Le pondrás por nombre Juan.» El mismo celestial embajador, encargado de anunciar el nacimiento del Mesías, dice, separadamente á María y á José: «Le pondrás por nombre Jesús.» Podemos creer piadosamente que también el nombre misterioso de María fué puesto á la Santísima Virgen por revelación del Cielo, no siendo aventurado decir de la Madre, como se dice del Hijo, que el nombre le fué dado de lo Alto.

Al octavo día de su nacimiento, hallándose todos sus parientes reunidos alrededor de su cuna, en presencia del padre y de la madre, recibió la hija de Ana y de Joaquín el nombre de María con admiración de todos. Su santa madre, instruída secretamente de los designios del Señor, manifestó que María había de ser su nombre: *Et nomen Virginis, María*. La que había de ser más perfecta que los ángeles y elegidos; la que cuatro mil años antes había sido contemplada con llorosos ojos por el hombre caído desde las alturas del Edén, como el único faro salvador en medio del océano de crímenes, de desgracias y de escollos en que había sumergido á las generaciones que formarían su descendencia; la que había de tener en sus manos los tesoros infinitos de la divina clemencia; la Virgen de Isaías, la celeste Eva que había de lavar la mancha de la Eva pecadora, la más hermosa y pura de las hijas de Israel, la Hija del Padre Eterno, la Madre del Eterno Hijo, la Esposa del Espíritu Santo, debía efectivamente llevar un nombre distinguido, el más bello de los nombres, exceptuando el de Jesús. Ese nombre fué María.

El fin que Dios se propuso al dar á María tan misterioso nombre, dice el Padre Dupont, fué manifestar, con una sola palabra, la digni-